

## **No soy una persona simpática**

No soy una persona simpática, no es falsa modestia, no lo soy, ni lo quiero ser. Odio a las personas, a las amables más que a las demás. Me irritan, me producen ardor estomacal. Los vampiros son vulnerables al sol, al ajo y al agua bendita, yo a la dulzura, la simpatía y los buenos modales. En el mundo de lo políticamente correcto, el tránsito por la vida para un individuo como yo es una tortura. Vivo rodeado de seres blanditos, acuosos, prescindibles. Ante tanta deyección humana y para evitar padecer a esa subespecie que son las personas respetuosas me establecí en un pequeño pueblo con apenas unas docenas de habitantes. Para evitar la interacción con otros compré unas tierras a las afueras del pueblo, casi en el bosque y allí construí mi fortaleza: una casa funcional, llena de comodidades que me proporcionan todo lo que puedo necesitar. Soy escritor y puedo permitirme trabajar desde casa sin ningún problema. Así que aunque el mundo es una mierda, logré construirme uno a mi medida, casi perfecto y así ha sido hasta hace poco.

El primer día que el infame ser apareció por allí todos mis sentidos se pusieron en alerta, no tenía pinta de ser un turista despistado, y eso era ciertamente alarmante. Los turistas me dan asco pero son pájaros de paso. El espécimen que se acercaba con paso decidido no parecía un turista y tampoco un lugareño, así que aunque mi orgullo se muestre renuente a admitirlo, me despertó la curiosidad, un hecho altamente extraño.

Dos golpes en la puerta fue la manera de advertirme que el cretino venía con intención de hablar conmigo. Abrí la puerta con la mejor de mis sonrisas y con la arrogancia del que se sabe superior y concede un favor a una criatura menor.

- Buenos días me llamo Manuel Arcos y voy a ser su vecino, espero que por muchos años. Adoro la naturaleza y la tranquilidad, en cuanto supe de este lugar tuve claro que aquí debía fijar mi residencia.

Todo mi ser se vino abajo, literalmente. Aterricé en el suelo víctima de un miedo paralizador. ¡Qué clase de tarado podía desear vivir aquí! Un vecino para toda la vida, por encima de mi cadáver... o mejor, el de él. Muerto por muerto prefería que fuera cualquiera que no fuera yo, soy el único ser que tolero e incluso en ocasiones venero. Me ayudó a incorporarme y me llevó hacia el sillón, mientras yo todavía aturdido le indicaba dónde estaba la cocina para que pudiera traerme un poco de agua con la que tragar mi desesperación. Cuando estuve en disposición de utilizar mi profuso verbo en contra de sus argumentos para instalarse en la parcela próxima a la mía, entablé con el patán un duelo dialéctico en contra de las bondades de vivir en un paraje como aquel, y lo molesto que podía ser para la flora y fauna del lugar empezar una obra de construcción de meses, no podía generar tanta incomodidad el confort de un solo espécimen, argüí.

- Oh! Qué considerado vecino. Nada más lejos de mi intención, mi casa ya está construida. Dos módulos prefabricados de madera, hechos de materias naturales para mimetizarme con el entorno. En dos horas tengo mi casa lista para vivir, sin apenas molestias. Nos vamos a llevar muy bien. Nos vemos el viernes.

Sus palabras se clavaron en mi cerebro como dardos envenenados. No podía ser peor, el tipo se venía a vivir el viernes a mi fortaleza, es verdad que su terreno y el mío colindaban a dos kilómetros de distancia de mi casa, pero daba

igual. Ya no estaba solo. Seguro que querría hacerse amigo mío, compartir cenas, paseos en aras de la buena vecindad, un horror.

Odio a la gente, lo he dicho ya, me gusta la emoción que genera en mí el odio hacia mis semejantes, me proporciona confort y estimula mi intelecto. La mayoría de seres humanos están programados para llevarse bien con el resto de la humanidad, necesitan el calor de los otros, y cuando la vida les lleva a encontrarse con una persona como yo suelen vivirlo como una experiencia horrible, ahí, en ese instante, es cuando yo alcanzo mi plenitud. Mi técnica para incomodar a los demás es dúctil, fruto de la experiencia de años practicando la grosería más refinada. No soy un borde ordinario, me tomo muy en serio mi faceta de persona maleducada. En el instante que soy capaz con una sola palabra o mirada de romperle a alguien sus esquemas es maravilloso. Observar el modo en que se resquebraja su autoestima y su boca discurre de la sonrisa a una mueca de perplejidad es un placer del que no puedo sustraerme. Sentir que las personas temen cualquier interacción conmigo me posiciona por encima de ellas, me coloca en mi lugar y eso me encanta. Así que para ser feliz necesito hacer saber a los demás lo mucho que los desprecio. Me pasé el jueves anterior a la mudanza de mi “vecino” elucubrando el mejor modo de rechazarlo, debía asegurarme de no ser demasiado brusco, dejar un recoveco a la esperanza de que me había pillado en un mal día, que podía intentarlo de nuevo. Quería prolongar la diversión. El viernes llegó pero no mi vecino, pasé el día sin poder concentrarme víctima de la ansiedad, buscando razones verosímiles para justificar que no hubiera golpeado mi puerta para anunciar su fatídica instalación en mi burbuja. Seguramente estaría demasiado atareado, instalar una casa y todo lo necesario para vivir en ella no era tarea que pudiera hacerse en unas pocas horas, seguro que aparecería

con una invitación para conocer su nuevo hogar en breve. Los días pasaron y él no apareció, así que decidí acercarme a su propiedad para conocer el motivo de un comportamiento tan poco educado.

La casa de mi vecino la formaban dos módulos de madera con amplias cristaleras, colocados uno encima de otro, formando una cruz, realmente, su aspecto era magnífico. Detrás de uno de los grandes ventanales, pude verle sentado en una cómoda butaca leyendo un libro. Era la imagen exacta del confort y la paz de espíritu, de pronto, alzó su mirada desplazándola del libro a mis ojos. Alcé la mano a modo de saludo con más entusiasmo del que es habitual en mí, en respuesta se levantó y corrió las cortinas. Ese desplazar de un lado a otro la cortina, dejándome con la mano alzada, era un acto de desdén perfectamente ejecutado. El modo en que fijó sus ojos en mí antes de levantar su muro de desprecio en forma de tela verde entre él y yo, era muy meritorio, no era mi estilo, pero sé reconocer cuando las cosas se hacen bien. Mi estilo es menos de gestos y más de palabra, las palabras hieren de un modo más pertinaz que los gestos, las palabras bien escogidas no dejan lugar a la interpretación, los gestos sí, mi asco y su manifestación son mucho más contundentes. Al fin un adversario con el que poder medir mi talento. Desde ese día no vivo, no dejo de pensar en la forma de verter todo mi desprecio hacia ese ser, empequeñecerlo con mi hiel, pero el cabrón no me ha dado ni una oportunidad para hacerlo. Me estoy consumiendo ante su rechazo. No puedo soportarlo. Muy a mi pesar, me estoy convirtiendo en uno de esos seres blanditos que tanto aborrezco. Mis labios se curvan en forma de sonrisa cuando alguien me dirige un saludo. Me he convertido en una oveja.

**Carmen Gracia**